

LA PERLA DE SION,

PERIÓDICO LITERARIO

PUBLICADO EN LOOR DE MARÍA, MADRE DE DIOS,

bajo la proteccion

DE LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

Se publica los días 15 y último de cada mes, al precio de DOS reales mensuales. La correspondencia se dirigirá al Editor propietario D. Ricardo Gomez Montero, Almería.

REDACTORES.

Sres. Alvarez y Robles, (D. Mariano.)
Espadas y Cárdenas, (D. José María.)
Sta. Franco, (Doña Ana María.)
Sr. Gomez Montero, (D. Ricardo.)



COLABORADORES.

Sres. Escolá, (D. José,) Lérida.
Espinosa, (D. Cristóbal.)
Fernandez Delgado, (D. Santiago.)
Sra. Garcia de Peña, (Doña Maria Josefa.)
Sres. Garcia, (D. José Ramon.)
Sta. Leon, (Doña Rogelia.) Granada.
Sr. Leon y Nieto, (D. José María.)
Sra. Marco de Carnicero, (Doña Joaquina.)
Barcelona.

Sres. Montero y González, (D. Ricardo,) Salamanca.
Osés, (D. Juan Ramon,) Madrid.
Ortiz Gallardo y Lopez del Hoyo, (Don Juan,) Salamanca.
Pardo y Delgado, (D. Luis,) Baeza.
Rubio, (D. Antonio.)
Sra. Saralegui de Cumira, (Doña Maria Concepcion,) Pamplona.
Sres. Sanchez de Galvez, (D. Federico A.) Alhama de Ganada.
Zafra y Cantero, (D. Antonio.)

SUMARIO.

INTRODUCCION.—*Invocacion*, por D. José Espadas y Cárdenas.—*El Amor de los Amores*, por Don Ricardo Gomez Montero.—*A Maria*, por la Señorita Doña Ana Maria Franco.—*A la Virgen al pié de la Cruz*, Plegaria, por D. Mariano Alvarez y Robles.—*Maria*, por D. Ramon Doldan y Fernandez.

INTRODUCCION.

El génio del mal cierne sobre la Sociedad sus negras alas.

El espíritu del error, semejante á un torrente impetuoso, todo lo arrastra.

La ignorancia estiende sus brazos como las llamas de una inmensa hoguera.

La duda, hija de la ignorancia, compañera inseparable del error, háse apoderado de muchos corazones, y ha producido la incredulidad.

La incredulidad que es el desierto árido del alma;

El tormento infernal de la inteligencia.

¿Dónde hallar una mano amiga que saque al hombre del profundo abismo de la duda?

Que le guie por los alegres y hermosos senderos de la verdad?

¿Dónde un luminoso faro que le muestre desde lejos el seguro puerto de salvacion, en medio de las ásperas borrascas que cruza en el insondable Océano de la incredulidad?

El alma humana necesita en nuestros días una luz que la alumbre en los tenebrosos antros del error; Y esa luz, pura, radiante, hermosa; mas hermosa, radiante y pura que la que despiden los astros fulgurantes que tachonan la azulada bóveda del firmamento,

es *La Perla de Sion* :

el *Trono de la Sabiduría* :

la Santa Madre de Aquel que es *el camino, la verdad y la vida* :

Maria, la Virgen Purísima;

la augusta Madre de Dios.

Por eso nuestra alma busca en esa luz brillante, el astro que ha de iluminar nuestra inteligencia.

Por eso hacemos de *Maria* el centro á donde vá á dirigirse todo nuestro amor:

el objeto de nuestro constante anhelo:

el fin de nuestras aspiraciones:

el norte seguro y fijo de nuestra esperanza.

Por que, amando á *Maria*, creyendo en *Maria*, esperando en *Maria*, creemos, esperamos y amamos á *Jesus*, su adorable Hijo:

Y este Hijo no se ofende jamas de los honores que la humanidad tributa á su Madre.

Es el mejor medio de llegar hasta Él.

«Se vá á Cristo por medio de Maria,» ha dicho San Bernardo.

Alabar pues á Maria.

Ensalzar á Maria.

Glorificar á Maria.

Todo para Maria; diremos con el respetable y entusiasta sacerdote de Lérida, fundador de la Academia Bibliográfico-Mariana, á la que nos honramos pertenecer, y bajo cuya proteccion inauguramos nuestras tareas.

Tenemos la alta gloria, abrigamos la noble pretension de ser los primeros que en España fundamos un periódico, exclusivamente consagrado á la Madre de Dios.

Quisiéramos que esta publicacion fuera el eco fiel de todos los amantes de Maria.

¿Corresponderá España á nuestro deseo?

Creemos que sí, por que España es la tierra clásica del catolicismo:

es Patrimonio de Maria.

Todo pues para Maria, volvemos á repetir.

Que ella, la *Toda Hermosa*, bendiga nuestra obra.

¡Ay! ¿Quién pudiera, para alabar á Maria, á la que tiene á las estrellas por escabel de sus plantas, poseer todos los ricos tesoros de inspiracion de que es digna la Madre de Aquel, cuya inmensidad no cabe en toda la estension de los Cielos?

Sería para esto necesario tener las cadenciosas modulaciones de las canoras aves:

El Tierno y suave murmurio de las auras:

las arpas de oro de los querubines:

la encantadora voz de los ángeles:

el abrasado amor de los Serafines:

la universal armonía de la creacion.

Pero somos miseros mortales.

Ronca es nuestra voz como el graznido del cuervo.

Frio nuestro corazon como la empinada cumbre del Himalaya.

Débil nuestra alma como la frágil caña combatida por los huracanes.

Nada somos en fin para alabar dignamente á la Madre de Dios.

Pero en medio de nuestra miseria, de nuestra debilidad, de nuestra rudeza, mucho podremos si Maria está con nosotros.

Confiados pues en la proteccion de Maria:

de Aquella á quien la Iglesia llama: *Virgen poderosa*, la llamamos en nuestro auxilio con la siguiente

INVOCACION.

Madre del santo amor, dulce Maria,
De cuyo rostro virginal fulgura

Hermosa luz de mágica alegría,
Que inunda nuestras almas de ventura.

Tú, que del sol te vistes, y que alfombra
Són á tus piés la luna y las estrellas;
Tú, que en belleza al universo asombras,
Y entre las obras del Creador descuellas.

¿Cómo podrá mi labio empobrecido
Alzarse á tí con espresion sencilla?
¿Cómo podrá mi aliento corrompido
Ensalzar á la *Hermosa sin mancilla*?

No soy yo digno, ¡oh tierna Madre mia!
De llevar á tus piés mi tosco acento;
Pero pues eres tú *Clemente y pia*,
Perdonarás mi loco atrevimiento.

Si ruda es mi cancion, tú, Madre amada,
Le prestarás tu mágica dulzura;
Y si en tu dignacion es aceptada,
De tus manos saldrá mas dulce y pura.

El amor que hácia ti hierve en mi alma
Es el impulso que mi mente inspira:
Él á mi corazon dará la calma;
Él dará cantos á mi pobre lira.

Acoge tú mis ruegos hondadosa;
Aleja de mi pecho la tibieza,
Y mi alma entusiasmada y fervorosa
Podrá cantar entonces tu grandeza.

Ven, Purísima Maria,
Clara luz del medio dia,
Rica *Perla de Sion*:
Dá á mis acentos dulzura
Para cantar tu hermosura
Con sublime inspiracion.

Tu frente inmaculada,
Cual iris de bonanza,
Irradia la esperanza
Sobre el feliz mortal.
Y tus divinos ojos,
Cual astro refulgente;
Le muestran esplendente
La patria celestial.

Ven, oh tierna Madre mia,
Nectar de dulce ambrosía,

Pura Perla de Sion:
 Dá á mis acentos dulzura,
 Para cantar tu hermosura
 Con sublime inspiracion.

Tu voz encantadora
 Inflama nuestra alma,
 Y dá la dulce calma
 Al pobre pecador,
 Por que el divino acento
 Que de tus lábios brota
 Del corazon agota
 El gérmen del error.

Ven, Purísima María,
 Causa de nuestra alegría,
 Bella *Perla de Sion:*
 Dá á mi alma inteligencia,
 Para cantar tu clemencia
 Con sublime inspiracion.

En tu apacible rostro
 Revelas, oh Señora,
 El amor que atesora
 Tu pecho virginal.
 Amor que hácia nosotros
 Tan solo se dirije,
 Y en cambio nos ecsije
 Veneracion filial.

Ven, dulcísima María,
 Consuelo del alma mia
 Rica *Perla de Sion:*
 Dá á mi espíritu fijeza,
 Para cantar tu pureza
 Con sublime inspiracion.

De tu alma compasiva
 Destila la ternura,
 Hácia la raza impura
 Del delincuente Adan.
 Tú miras á esta raza
 Cual desgraciados hijos,
 Y á tí sus ojos fijos
 Dirijen con afán.

Ven, estrella refulgente,
 Virgen piadosa y clemente,
 Prodigio de la creacion.
 Dáme tu grata armonia,
 Y cantará el alma mia
 A LA PERLA DE SION.

José María de Espadas y Cárdenas.

El Amor de los amores.

Cuarenta siglos habian trasecurrido desde que la voz potente de Jehová, iracunda y llena de justicia, dejóse oír para el primer ser de la raza humana.

Cuarenta siglos hacía, que el Dios que creara el universo y con él tanta y tanta maravilla, arrojara á Adan y á Eva del lugar de delicias en que fueran colocados á su hechura.

Cuarenta siglos eran cumplidos, que la humanidad por el pecado de sus progenitores, habia perdido la gracia primitiva.

Cuarenta siglos, en fin, que el Dios fuerte y poderoso, arrojando al hombre pecador del lugar de la vida y las venturas, castigó su ingratitude; pero misericordioso, poseido de amor hácia el ser que creara mas perfecto, puesto que lo fué á su semejanza, le hizo entrever al mismo tiempo un porvenir de salvacion.

Maldijo á la serpiente tentadora.

Y en ella maldijo al ángel rebelde.

Porque el ángel rebelde y la serpiente, eran una misma cosa.

Y al maldecirla, la maldijo segun la forma que habia tomado.

Y así es que la dijo:

Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: sobre tu pecho andarás y tierra comerás todos los dias.

Esto es, maldito tu serás para siempre, y por todos los siglos la execracion serás del género humano.

Tú que has tomado la figura de la serpiente para hacer pecar al hombre, como de ella serán de aquí en adelante todas tus obras.

Como ella, á todos los seres causarás aborrecimiento y horror.

Como ella, te arrastrarás abatiendo tu orgullo á los piés del hombre.

Como ella tu inspiracion no se fijará mas que en las cosas bajas de la tierra, el amor al mal y á los deleites mas infames y vergonzosos.

Y el Señor del universo continuó:

Atended al sentido de sus palabras.

Sigue dirigiéndose al ángel proscripto.

Enemistades pondré entre tí y la muger, y entre tu linage y su linage: ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcáñar.

¿No veis en estas palabras el anuncio de la lucha eterna entre la raza de Adan y el Angel, Señor de los abismos?

¿No veis en ellas, anunciado el triunfo del hombre, hechura querida de Dios, sobre el que concibe

biera por vez primera y para toda eternidad el orgullo?

¿No veis en ellas, el anuncio de un perdón?

¿No veis en lontananza una aurora, rica, risueña de ventura y amor?

¿No veis el iris de una segura esperanza?

¿No veis vuestra vida?

Ella quebrantará tu cabeza. Dijo Dios.

Y el universo conmovióse de placer y alegría.

Olvidó por un momento el pecado del hombre.

Y los astros dieron de sí mas luz.

Los cielos tomaron el tinte de la aurora.

Las auras se embalsamaron con la esencia de las flores, que á la vez adornaban la tierra luciendo sus hermosas galas de variado colorido.

Y los arroyos, y las fuentes, y los ríos, y los mares; y los valles, las enramadas y los bosques, murmuraron susurrantes gratas, májicas y cadenciosas armonías.

Y las aves, luciendo sus bellísimos ropages, entonaron melodiosos y magníficos cantares.

Y los animales de instinto feroz, agrupados, confundidos con los de ánimo débil, por última vez se prestaron á mezclar sus juegos en cariñosa compañía.

Una aurora de ventura, despues del justo castigo, fué prometida al hombre.

Y la naturaleza toda, mostró su contento.

Dios hizo al hombre y lo hizo á su semejanza.

Y como hecho á su semejanza, fué perfecto.

Y Dios, creando el amor, amó al hombre.

Y el amor de Dios, le dió poder para dominar sobre todos los seres de la tierra.

Le hizo señor del mundo.

Á su voluntad todo se hallaba sugeto.

Mas el hombre, ingrato, olvidó, dando entrada en su pecho al orgullo, los preceptos del Señor.

Y el Señor castigó su desobediencia.

Pero como el amor de Dios, es como Él grande, como El infinito, no concluyó para la humanidad.

Su amor concibió la salvacion de aquella raza que creara inmortal y que el pecado le arrojara en brazos de la muerte.

El Amor de Dios, concibió á su Amor.

Y llamóse el Amor de los Amores.

Porque este Amor era nacido del Amor de Dios.

Y ese Amor fué el que anunciara quebrantaría la cabeza de la infernal serpiente.

Pues bien, la hora fué llegada.

La promesa de Dios cumplida.

El Amor de los Amores vá á borrar la mancha de la humanidad.

En la baja Galilea, á un lado del delicioso valle de Esdreton y entre dos colinas, se encuentra una muy pequeña ciudad.

Esa ciudad es conocida por Nazareth.

Y en Nazareth en una modesta casita, blanca como la piel del cisne, una anciana rica de fé y mansedumbre, se vé rodeada de su esposo, anciano lleno de bondades tambien, y de porcion de honradas mugeres.

Y la anciana con el rostro espresando la alegría y el contento que en su alma bendita mora, presenta á aquellas mugeres una recién nacida.

Del anciano los ojos brotan llanto y de sus lábios destácase una dulce sonrisa.

Las mugeres contemplan á la niña recién nacida con ternura y respeto á la vez.

Y la niña á todas las gracias de la infantil belleza, reúne las de una hermosura perfecta.

Jamás vióse en la Galilea, ni ojos tan azules, ni mirada tan cándida.

Rubios como el oro sin bruñir, son los rizos de sus sedosos y finos cabellos, de los cuales parece se desprenden reflejos de luz, como la que precede á la alborada, y que orla el precioso óvalo de su angélico rostro ligeramente tinto del color de la espiga egipcia.

De sus rosas ostentan sus megillas.

De Jericó y purpúrea, quiere brotar de sus lábios otra.

Sombreadas, diciendo que como la noche han de ser negras, son sus arqueadas cejas.

Y las mugeres besan los diminutos pies de la divinal criatura.

Y hablan á la madre:

—¡Que feliz eres Ana! ¡Dichosa tú, que bendecida por Dios, te ha dado tan precioso don! En los jardines del valle que cerca está, no hay flor á que compararla ni por su esencia, ni por sus colores, ni por su belleza. ¡Dichosa tú Ana, que tal fruto has dado!

—Si, muy dichosos somos mis amigos, mis deudos; Dios oyó nuestros fervientes ruegos, y al cabo de nuestros años, nos ha querido levantar la mancha que sobre la muger estéril cae en el país que nos ha visto nacer. Alabado y ensalzado sea el Señor que tanta ventura nos dió.

—Alabado y ensalzado sea, contestaron todos á una voz.

Y los ancianos, padres de tan prodigiosa criatura, contentos, alegres y satisfechos, no encuentran manera y forma de dar gracias al Altísimo por la ventura que les ha concedido.

Y los venturosos y dichosos padres, no hallan modo de espresar la felicidad que en ellos reina.

Y Joaquin y Ana, lloran de placer.

Y la niña es bendecida de todos.

Y la niña sonrie.

Y á su sonrisa, invisibles y gratas melodias llegan á oídos de los mortales que la circundan.

El alba embalsamada con los perfumes de las flores que crecen en el delicioso valle de Esdreton, envia y entra por las ventanas su primera claridad, mística luz de quien enamoradas las rosas, le prestan su esencia y sus colores.

Las aves dan principio á sus alabanzas, y repiten una y otra vez sus amorosos y placenteros gorgoros.

Las almas sienten un bien estar indefinible.

La naturaleza despierta.

Y la naturaleza parece alegrarse del nacimiento de la hija de Joaquin y Ana.

¿Y por qué no alegrarse?

Creacion de la voluntad de Jehová, la naturaleza no puede menos de sentirse conmovida á la aparicion de toda obra del Señor.

Si, de toda obra del Señor.

Y obra grande, magnífica, cual ninguna.

Porque esta niña, es aquella prometida, anun-

ciada por el mismo Dios para quebrantar la cabeza de la infernal serpiente.

Para apartarnos de la maldad.

Para alumbrarnos en nuestro camino.

Para darnos la vida.

La esperanza.

Esa niña que veis revestida con las formas de la humanidad, es la Hija perfecta de Dios.

La segunda Eva.

Es aquella divinal creacion, que nacida del Supremo Amor, brotó en la mente de Jehová en el principio que el universo fué, y el hombre cometiera su primera falta.

Es el amor de Dios.

Y como el amor de Dios, no puede por menos de ser puro é intachable;

El Amor nacido de su amor, aparece en el mundo lleno de su gracia.

El pecado de que la raza de Adán era hereditaria, no pudo al tomar la forma carnal de la misma, manchar de ninguna manera la Pura y limpia Concepcion de ese Amor de los Amores de Dios.

He aquí por qué á esa niña le saluda la naturaleza entera.

Porque le rodea luz celestial.

Porque se escuchan cantos angélicos.

Porque los corazones la presienten con alegría.

Porque es, el Amor de los Amores.

Dios como prometió al formarla, al crearla, la presenta al mundo para que de ella nazca la gracia.

Luzbel será derrotado, confundido y lanzado á los abismos para siempre.

La humanidad será salvada por su intercesion.

¡Oh bondad ifinita!

¡Oh piedad sin límites!

Dios pudo confundirnos por toda eternidad y su amor nos salva.

¡Bendito seas, Señor!

Han pasado nueve dias y la que hemos visto nacer en toda la plenitud de la gracia;

La niña que la voluntad de Dios quiso que naciera para el mundo de Joaquin y Ana;

La niña creada en un principio para esterminio del mal;

El áncora de nuestra salvacion;

Nuestra esperanza;

Es llamada, en medio de reunion numerosa segun la usanza de los israelitas, MIRIAM.

Nombre sublime, poético, dulce, encantador,

Nombre que encierra en si un mundo de poemas.

¡ESTRELLA DEL MAR!

¡SOBERANA!

Es decir, luminoso faro, guia segura para llegar al puerto apetecido: el cielo.

Reina, Emperatriz de los ángeles.

Madre de los afligidos.

Señora de los mortales.

Consuelo del mundo.

Alegria de todos.

Dios, grande y poderoso, concede ya á la humanidad su perdon.

Y envia á su intermediaria.

A su Amor.

A la que de antemano tiene elegida para ser su Esposa.

El sagrado depósito del divino Verbo.

El templo de donde salga la luz, terror de las tinieblas.

La verdad misma.

Envia á Miriam.

La predestinada á llevar en su regazo á Jesus.

Al redentor anunciado por los profetas.

Al deseado Emmanuel.

Al Hijo de Dios.

Al Cristo.

«Cúmplase lo mandado,» dice Jehová, y Maria se halla en la tierra pronta á cumplir el mandato supremo.

Nace, y una aurora de paz y consuelo reina en el mundo.

La hora de la redencion se acerca.

El astro precursor del dia ha ya aparecido.

El Sol de Justicia vá pronto á estender sus luminosos rayos por la faz de la tierra.

Dios vá á llegar á nosotros por conducto de Maria.

Y vá á titularse Hijo de Maria, hermano de los hombres.

Alabemos á Maria que tal dicha nos trae.

Ensalcemos su pureza y sus virtudes.

Cantemos sus gracias.

¡Bendita seas, Maria!

Hija, Esposa y Madre de Dios.

Emperatriz de los Cielos.

Reina de los ángeles.

Madre amantísima de los pecadores arrepentidos.

Consuelo de los afligidos.

¡Bendita seas, Maria!

Mística rosa de Jericó.

Paloma hermosa.

Nardo fragante.

Esbelta palma.

Estrella bendita del mar.

Bendito Amor de los amores de Dios.

¡Bendita seas!

Ricardo Gomez Montero.

A MARÍA.

Hija y Madre de Dios, Esposa electa

Del que los mundos rije soberano:

Su omnimodo poder en ti se muestra;

Él te asienta á su diestra,

Y su creadora, omnipotente mano

Que el universo encierra,

Puso en tu frente la imperial corona

Que domina los cielos y la tierra.

Él te hizo nuestra Madre

Cuando espirante, pálido y sangriento,

Pendiente de la cruz, muger, te dijo

Con dulcísimo acento

Señalándote á Juan, *he ahí á tu hijo.*

Y tú, piélago inmenso de dulzura,

Paloma santa y pura,

Nardo fragante del jardín del cielo,
Que á este valle de lágrimas viniste
Para darnos consuelo;
Tú el sacrificio del Dios-hombre viste,
Sus palabras sublimes escuchaste,
Tu mision comprendiste,
«Cúmplase», murmuraste,
Y entre el dolor que acerbo te afligia,
Castísima María,
Por hijos de tu amor nos aceptaste.

Desde entonces, Señora,
Para nuestra ventura,
Tú eres la celestial intercesora
Que endulza el océano de amargura
Donde zozobra el alma pecadora.
Un rayo de esa luz, Virgen divina,
Que en tu frente purísima destella,
Nuestro débil espíritu ilumina,
Y es la argentada huella
Que á la region del bien nos encamina.

Es tanto el esplendor de tu pureza,
Tu virtud tan cumplida,
Tan sin par tu bondad y tu belleza,
Oh Virgen bendecida,
Que unisonos los ángeles esclaman
De hinojos ante tí: «Hé aquí la hermosa
A quien los universos Reina llaman.
La justa, la perfecta, la dichosa,
Electa del Criador, que á su eficacia
Fué concebida en gracia.
La palma victoriosa,
Que de amor en tributo
Al hombre dá de salvacion el fruto.»

Á tus piés, Virgen Madre,
Homenajes te ofrecen reverentes
Con sus alas de nieve, azul y oro,
Cubriendo humildes sus radiosas frentes,
El luminoso coro
De arcángeles y génius y querubés,
Que en perfumadas, transparentes nubes,
Circundan de continuo
El espléndido trono diamantino,
Desde donde con solo una mirada
El potente Jehová, Dios uno y trino
Hizo brotar los mundos de la nada.

Allí do siempre es día,
Dó la felicidad no es transitoria,
Y es imperecedera la alegría,
Y es eterna la gloria,
Entre acordes torrentes de armonia
Impregnados de célicas dulzuras,
Bendicen por doquier, ¡oh Madre mia!
El tiernísimo nombre de María,
La Pura entre las puras.

Tú detienes propicia
El brazo vengador de la justicia

Del Soberano Juez; tu influjo alcanza
Á trocar en perdon sus justas iras.
Tú eres nuestra esperanza,
Tú con piedad sin límites nos miras,
Tú eres la clara estrella de bonanza
Que irradia en el azul del firmamento,
Y por la senda de la fé nos lleva,
¡Oh celestial portento!
Dando á las almas paz y al pecho aliento:
Que no hay favor que el hombre no te deba.

Tú eres, Virgen Maria,
La Madre santa del amor hermoso,
Y siempre al pecador acojes pia
Bajo tu manto misericordioso.
Por eso á tí llegamos
Los que el mar borrascoso atravesamos
De esta mísera vida,
Y humildes y contritos te rogamos
Que nos tiendas tu mano bendecida:
Y bajo tu mirada protectora
El peligro evitando,
Hasta encontrar la playa salvadora
Nuestro débil esquite irá bogando.

Reina clemente, universal Señora,
Perfecta hechura del Poder Eterno,
Risueño albor de la primer aurora,
Aura consoladora,
Á tu nombre Luzbel huyó al averno;
Y al volver espantado
Su mirada sangrienta y torba al cielo,
Con acento irritado,
«Guerra, exclamó, sembremos en el suelo
La maldita semilla del pecado.
Eva cayó ante mi, ¡ay de Maria!
Si en esta lucha la victoria es mia».
Quizo alzar con orgullo la cabeza,
Pero en aquel instante
Trozó con el muro de diamante
De tu íntegra pureza,
Y en su rabia impotente
Ecsalando del pecho hondo rugido,
Bajo tus plantas humilló su frente
Gritando: «Maldicion, ya estoy vencido»

Tú, que todo lo puedes, oh Maria,
Inspirame, Señora,
Y haz que la discordante lira mia
Vibre dulce y sonora,
Para que en tiernos y amorosos cantos
Publique las grandezas,
Las virtudes, los triunfos y bellezas
De la Madre del Santo de los santos.

Tu bendicion imploro,
De hinojos á tus plantas, Madre mia;
Con el alma te adoro
Oh *Perla de Sion*, dulce Maria,
Mirame sin enojos,
Tú que dispas del pesar la bruma,
Y haz que sean gratos á tus castos ojos
Los pobres rasgos de mi tosca pluma.

Ana Maria Franco.

A la Virgen al pie de la cruz.

Plegaria.

Yo te venero en tu mortal quebranto
madre del corazon y madre mia:
escúchame por Dios, mira mi llanto,
haz que tu gracia sobre mi sonría:
que mi infáusta existencia, el régio manto
cubra en el mundo hasta el supremo día:
y cuando triste, ante el dolor sucumba,
que el ángel de tu amor vele mi tumba.

Mariano Alvarez y Robles.

MARIA.

I.

¡Qué grande, que inmenso es el poder del Príncipe de los mundos.....!

De oro es el alcázar que habita; perlas y záfiro ostentan sus paredes magníficas, sus salones bellos, sus bóvedas suntuosas.

El ropaje que le circunda irradia fulgentes rayos.

Y su voz conmueve los orbes, y su presencia alegra el Empíreo, y sus ojos despiden torrentes de claridad que todo lo alumbran.

Millones de espíritus están pendientes de su voluntad.

Y tiene por alfombra el firmamento, tachonado de espléndidos soles.

Y recorre los espacios, precedido de querubes que tocan lirás de nácar, derramando suaves armonías.

El hace estallar el trueno: las tempestades rugen á su menor señal.

Emisarios celestes baten ante sus régias plantas sus alas de gasa, confundidos con los resplandores de su Magestad.

Y le rinde homenaje la creacion, obra de su sabiduría.

Y las flores, mostrando sus colores, sus gracias, sus encantos le envían el aroma que poseen.

Y los séres todos bendicen a su Hacedor, reconociendo su soberanía.

II.

Infinita es la bondad del Señor invisible.

Un pensamiento grande concibió su mente divina: la formacion del hombre.

El barro fué el material de que se valió.

Y para enriquecerle y sublimarle le hizo á su imagen y semejanza.

Por eso su alma, centella de su esencia, es impercedera, incorruptible, inmortal.

¿Hay algo que pueda compararse con ese tesoro que la criatura encierra?

No.

Los bienes, las riquezas, las dignidades humanas, son cosas despreciables.

Y el hombre, apesar de tantos honores; de las mercedes que le regaló el Bueno, el Justo, manchó los timbres de su grandeza.

¡Qué ingratitude!..... ¡Qué monstruosidad!..... ¡Qué locura!

Revelóse contra su Protector, por quien era Rey de la naturaleza.

Le habia dado un Código para que le observara, y no lo hizo; rasgó sus preciosas páginas, que encerraban la ley de su criador.

Sintió tamaña ofensa el Monarca supremo, y fulminó tremendo anatema contra el primer rebelde, é hizo estremecer con su vibrante espada la deliciosa mansion del culpable.

La humanidad empezó á sufrir las consecuencias de su apostasia.

Innumerables males produjo, en efecto, el crimen del Paraiso.

La copa del dolor era apurada por la raza prevencadora.

Pero Jehová, clemente y piadoso habia prometido en obsequio de los hombres, enviar á su Hijo á la tierra.

Y así se realizó.

Y Jesus, el Dios-amor, abandonó su sólio de diamantes, y se despojó de los esplendores que le cubrian.

Y se vistió con el traje de la naturaleza humana.

Nació de una muger pura, santa, bendita, de la segunda Eva, que habia de reparar los desórdenes de la primera.

Meciose su cuna en un duro lecho, entre unas miserables pajas, en el suelo de un portal humilde.

Y predicó una doctrina augusta, y derramó el bien, y murió en una cruz, dejando á la humanidad una joya de incomparable mérito.

III.

No se ha visto en la tierra criatura mas perfecta que la cándida azucena del Gólgota.

La aurora la acarició con sus primeros rayos, cuando vió la luz del día; y el cielo se engalanó con arboles de oro, con primorosos festones, con elegantes gasas.

Era más hermosa que los serafines, más pura que la sonrisa de la inocencia, más suave que el murmullo de las rosas; más benigna que la brisa de Mayo.

Las auras jugueteaban con su lindo cabello, y besaban su rostro, que resplandecía con los encantos de la belleza.

Y de sus labios salían raudales de dulzura, elevados conceptos, inspiradas frases, palabras que fortalecian los ánimos.

Y la fragancia que exhalaba no podia compararse con la de la modesta violeta, el airoso jazmin, el gallardo lirio.

Y su acento era mas sonoro que el del ruiseñor, y más esbelto que la palma, su talle y su tez más tersa que el bruñido mármol.

Las aves gorgeaban á su rededor, entonando melodiosos himnos.

De júbilo susurraba el humilde arroyuelo, desliziéndose apacible por entre amenos campos, que ofrecian los variados matices de sus plantas lozanas.

Y el mar sacudia su verde melena, y movía mansamente sus ondas, y dibujaba el nombre de Maria con su blanca espuma.

Y las flores se estremecian alegres, y desplega-

han sus hojas, y le enviaban en alas del céfiro su delicado aroma.

Y el universo entero confesaba sus glorias, y admiraba la tierra las gracias de la hija predilecta del Altísimo.

IV.

Bellísima, en verdad, es la historia de Maria.

Corrió siempre, asistida de lo alto, por los senderos de la justicia.

No habia accion buena que no egecutara, virtud que no poseyese, sacrificio que no hiciera.

Con sumo cuidado guardó los divinos preceptos. Nunca desobedeció al Altísimo.

Jesús era su embeleso, su todo; y en su rostro, bello, risueño, encantador, imprimiera tiernos y dulces ósculos.

¿Qué gerarquía podia ponerse en parangón con la de Maria?

Ella habia llevado en su seno al Monarca de los orbes.

Ella le estrechó en sus brazos, le colmó de caricias, recibió sus enseñanzas sublimes, tomó parte en sus trabajos.

Ella asistió á la egecucion de la Santa Víctima.

V.

Poderoso es el valimiento de la Virgen Pía.

La Iglesia, reconociendo su patrocinio, enriqueció su preciosa diadema con nuevos florones.

Es depositaria Maria de los tesoros divinos; y por eso, llena de gozo derrama con mano pródiga el benéfico rocío de sus finezas.

¿A quién, sino á esta escelsa Virgen, se deben los triunfos de la verdad sobre el error?

Maria fué la que abatió el orgullo de los Neronés, é hizo fracasar los planes de los Enriques, y destrozó falanges impías.

Los oprimidos invocaban su proteccion, y sus ruegos eran escuchados.

Y veíanse desaparecer los colosos del mundo y desplomarse los imperios del despotismo, y hundirse los edificios erigidos á la soberbia.

Y las coronas, envilecidas por el crimen, desprendíanse de régias sienes, y eran profanadas por el polvo.

Porque la influencia de Maria se dejaba sentir de una manera admirable.

¿Cuántos combates no ha sufrido el catolicismo!..

Mirad esa legion de gigantes, que parece sostienen el mundo.

¿Qué quieren? ¿Qué pretenden? ¿Qué pensamientos les dominan?...

No hay necesidad de preguntarlo, porque basta observar sus actos.

Desean matar la idea cristiana, borrar de la historia el gran suceso del Calvario, destruir el alcázar magestuoso de la Religion.

Pero son impotentes sus esfuerzos.

La hereja es confundida, la filosofía es refutada por varones católicos, la fuerza bruta aniquila sus propias obras.

Si... porque Maria, la Madre del Legislador Supremo, abate la cerviz de los verdugos de la humanidad.

VI.

¿No os sorprenden esas grandes figuras que brillan en el cielo de las ciencias?...

¿No admirais los hechos de los paladines de la fé, que orlaron sus frentes con los laureles inmarcesibles?.

¿No os cautivan los escritos de los egregios campeones de la verdad católica?...

¡Ah!... Todos recibieron señalados dones de Maria, de esa augusta Capitana de las huestes cristianas.

Bajo su manto de estrellas se cobijaban; y á sus altares acudían y á sus plantas caían de rodillas.

¡España!... ¡Qué pueblo tan favorecido de la Inmaculada Princesa!...

La patria de Pelayo es, si, la nación mas mimada de la Soberana de la eternidad.

Maria sostuvo el brazo de nuestros guerreros; y Covadonga, San Quintín, Lepanto, Granada, las Navas de Tolosa, nos recuerdan el poder de la augusta Patrona de la altiva Iberia.

En la lid memorable de siete siglos, ¿no fué humillada la Media Luna por la Cruz escelsa?

¡Eso salió el sagrado lábaro de tan sangrienta lucha, porque Maria sostenia los fueros de la Religion.

Los guerreros la invocaban en el fragor de los combates, y adornaban su pecho con su imágen, y la llevaban en sus banderas.

¿Quién animó á nuestros soldados en la reciente campaña con el imperio de Marruecos?...

¿Quién les comunicó ese valor que los hizo invencibles?...

Una serie de acciones gloriosas alcanzó el ejército cristiano.

Y ese pueblo bárbaro, fanático, supersticioso, confesó nuestra pujanza.

¿Y qué habia de suceder?... Maria peleaba á nuestro lado, y la causa de la justicia triunfó.

VII.

¿Qué creyente no ha recibido algun beneficio de la ilustre Virgen?

Muchas son las gracias que derrama sobre las almas que en ella confían.

Con razon es llamada la abogada de los débiles y la protectora de los que gimen.

VIII.

Tu patrocinio es grande, ¡oh Maria!

Pío IX sufre terribles angustias.

Os ama. Con gran júbilo del mundo católico ha elevado á la categoría de dogma el misterio de tu Concepcion Inmaculada.

No le desampareis, hoy que sus enemigos el martirizan.

Haced que se disipen, Virgen Santa, las nubes que ennegrecen el horizonte de la Iglesia.

Que el Pontificado, tan perseguido, triunfe pronto y adorne su frente con nuevos trofeos de sus eternos contrarios.

Roman Doldan y Fernandez.

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.)

ALMERIA:

Imprenta de D. Mariano Alvarez y Robles,

calle de las Tiendas núm. 19.